

Amadísimos fieles

La novedad de la enseñanza de Cristo respecto de Dios más que en ninguna otra cosa está en que nos revela a Dios como nuestro Padre, quien tenemos que reverenciar, reconocer y sobre todo amar. Dios es Padre a quien no solamente le interesa la observancia de la ley muerta sino también el hombre vivo. Ley y doctrina para él no son fines, sino medios que ayudan al hombre descarriado, enfermo, a llegar al corazón de Dios, del que procede. Así como el canal o el cauce tiene el mérito de conducir las aguas a su término sin derramarse inutilmente con peligro de no llegar al término, lo mismo la ley y la doctrina que Dios da al hombre es con el objeto de que éste vuelva al regazo paterno y si es que Dios urge el cumplimiento de esas leyes por los diversos medios, hasta por el castigo y la amenaza, lo hace siempre guiado por sentimiento de amor al hombre. Nunca piensa el padre terreno en rechazar al hijo si siente una chispita de amor para este. Menos el Padre celestial infinitamente bondadoso, pues como dice Cristo, nosotros siendo malos sabemos dar cosas buenas a nuestros hijos, cómo queréis que el Padre celestial no atienda vuestras justas súplicas, cómo queréis que el Padre celestial de un escorpión al hijo que le pide un ran?

Dios es nuestro Padre, por consiguen a la actitud del hombre frente a El, debe estar inspirada por sentimientos de amor, que se han de sobreponer a cualesquiera otros sentimientos. Hemos de recordar que el precepto de amar a Dios no es ya uno de aquellos 613 mandamientos o reglas que habían de cumplirse escrupulosamente para ser perfecto como acontecía entre los judíos. El precepto de amar a Dios y en Dios al prójimo (estos dos amores son inseparables por mucho que nos pese) es el único precepto de la Nueva Ley. Quien viola este precepto en cualquiera de sus modalidades no puede pretender ser cumplidor de la Ley.

Pero Dios es nuestro Padre, no únicamente porque esta nuestra vida - esta llama que tan fácilmente se apaga - se haya derivado de esa energía inicial que Dios puso en el seno de la materia y que luego se propaga por otras causas instrumentales como son los padres, sino que es Padre que actualmente nos sustenta porque ni el mundo ni el hombre puede subsistir un momento sin la actividad sustentadora de Dios. Esto nos lo enseña la filosofía y de acuerdo con la filosofía también el dogma, la teología. ~~La filosofía y la teología enseñan que Dios es el sustento de todo lo que existe.~~ Vemos este pensamiento expresado con frecuencia en los lienzos de los pintores, en el remate de nuestros retablos: Dios está representado en la imagen de un anciano venerable y sostiene en sus manos el globo terráqueo. Como es obvio, esta imagen brota de un modo ~~de pensamiento~~ demasiado humano; Dios no sostiene el mundo en su mano, pues mano no tiene, sino que con su voluntad creadora le da vida y se la conserva. Y su providencia no es más que aquella actividad de Dios con que El conduce a las criaturas hacia los fines que El les prescribió. Entendámoslo bien. Se trata del fin prescrito por Dios; este es el fin que hemos de alcanzar: la Providencia nos ayuda a lograrlo y no nos conduce hacia fines que nos hayamos forjado nosotros mismos con nuestros pensamientos a ras de tierra y dentro de estrechos horizontes. En último término es Dios quien rige y gobierna los destinos de la humanidad. Nada ocurre en el mundo su beneplácito. Esta es la enseñanza fecunda de Cristo, enseñanza contenida en muchísimos pasajes en los que nos hace ver que tenemos en el cielo un Padre solícito que alimenta a los pájaros que no siembran, un Padre solícito que viste los campos de lirios, un Padre que si a una hierva que hoy es y mañana se seca y echa al fuego así viste, cuánto más a vosotros hombres de poca fé?... Qué bien sabe vuestro Padre celestial la necesidad que de ellas teneis. Así buscad primero el reino de los cielos y su justicia y todo lo demás se os dará por añadidura."

Y está esta verdad más combatida por la duda que en nosotros enseguida hace su aparición cada vez que dirigimos la vista a nuestro derredor. Injusticias, venganzas, odios, hambre.... cómo puede tolerar todo eso Dios? "Sentimos oprimirse nuestro corazón al pensar en el torbellino de males, sufrimientos y angustias que invade hoy el mundo." "Pequeños revuletos y precipitados en un abismo de desventuras. Cuerpos humanos desgarrados por las bombas o por la metralla. Heridos y enfermos que llenan los hospitales y de los cuales salen mutilados y con los cuerpos invalidos para toda su vida. Prisioneros, familias deportadas.... Males que hieren no

solo a los combatientes, sino que pesan sobre pueblos enteros, sobre ancianos, mujeres, niños los más inocentes, los más pacíficos, los destituidos de toda defensa. Este es el panorama que nos ofrece hoy el mundo y su consideración levanta ante nuestros ojos un problema religioso que trastorna nuestra conciencia. Cómo puede permitir Dios todo esto? Cómo es posible que un Dios omnipotente, infinitamente sabio e infinitamente bueno, Dios que rige y gobierna el universo, permita tan grandes males que El fácilmente puede impedirlos. Parece como que la sabiduría, bondad y honor divinos no pueden tolerar que hasta tal punto dominen en el mundo la violencia y el mal. Habremos de poner en duda el gobierno divino y el amor de Dios a los hombres?

Amadísimos fieles, no olvidemos que existe una Providencia que gobierna al mundo y dirige todos los acontecimientos según sus designios infinitamente sabios y justos. Concede a los mortales el uso de la libertad y permite la agitación de las pasiones humanas y la lucha menuda violenta de los intereses individuales y colectivos; quiere dejar a los hombres la responsabilidad de sus actos y el mérito o el demérito de sus obras buenas o malas; no suprime pues el pecado ni los males que de él proceden. Pero Dios permanece como Dueño y soberano de las criaturas, y estas, aun oponiéndose a sus leyes, están sometidas a su imperio y a pesar de todo concurren a la realización de sus adorables designios.

Cuales son esos designios divinos al permitir todo este desastre? Nadie puede decirlo en este momento. No conocemos las intenciones divinas y nos sentimos desorientados por todo lo que vemos suceder. Pero no enseña la Sagrada Escritura que los caminos de Dios son impenetrables y que nuestros caminos no son sus caminos? Y qué de extraño tiene que nosotros no penetremos los caminos de Dios si al fin y al cabo lo finito no comprende lo infinito, el niño que balbucea las primeras letras del alfabeto no logre profundizar en el sentido del gran libro de la Historia, que el testigo de una simple salida y puesta del sol no llegue a abarcar la eternidad? Nuestro horizonte es demasiado limitado y nuestro juicio harto inseguro para pronunciar autorizadamente sobre el alcance y el valor de los acontecimientos históricos providenciales. Todos ante Dios somos niños dice el Papa en un discurso que abarca esta cuestión, todos a un los mas profundos pensadores y los mas experimentados gobernantes: Ellos juzgan de los sucesos con la vista corta del tiempo que pasa y vuela irreparablemente, Dios los mira desde la altura y desde el centro perenne de la eternidad. Ellos tienen ante sus ojos el angosto panorama de pocos años, Dios en cambio tiene ante si el panorama universal de los siglos. Ellos ponderan los acontecimientos humanos por sus causas proximas y sus inmediatos efectos. Dios los ve en sus remotas causas y los mide en sus lejanos efectos. Así como dice "mercier males físicos y culpas morales tienen su razón de ser providencial. Hubiera ella de quedarnos siempre oculta y ~~xxxxxxx~~ fuera insensato todavía negarla, desde el rincón del espacio y en el efímero período de tiempo a que nos hallamos confinados, cuando para ello fuera necesario abarcar la universalidad de los seres y el horizonte ilimitado de la Historia, y apreciar la relación de todos los sucesos pasajeros que la constituyen con los intereses eternos de la gloria divina y de la vida inmortal de las almas. Todos podemos comprender sin dificultad que un águila caudal que se mece en el aire a dos mil o tres mil metros de altura, lo ve todo -hombres y acontecimientos- de otra manera que una gallina que esta picoteando en el angosto corral. No cabe duda que aquel Dios que allá arriba marca el rumbo a millones de estrellas, según planes que rebasan el entendimiento humano, seguramente tendrá su plan respecto de mí, respecto de nosotros, aunque yo no lo vea, aunque no lo veamos nosotros.

Y refiriéndonos a la presente calamidad sin temor a equivocarnos podemos asegurar que uno de los motivos que han movido al Todopoderoso a permitir el desencadenamiento de esta guerra mundial es para castigar los crímenes de los individuos y de los pueblos. Apenas comenzada el Papa en su primera encíclica demuestra elocuentemente que proviene no solamente del desequilibrio económico y de la lucha de intereses, sino que era consecuencia de causas morales profundas, la negación pública y oficial de la realeza de Cristo, del abandono de su ley de verdad y de amor, del olvido de la solidaridad humana y de la caridad cristiana, del desconocimiento de la autoridad y del Ser Supremo y del orden moral por El establecido. Talas tan graves y tan universales tenían que concluir con el desastre universal y sin nombre que estamos presenciando. Se dirá que Dios debiera de impe-

dir este fatal desenlace de la crisis moral y religiosa, cuando son los hombres y las naciones los responsables y los que se han obstinado en provocar su justa intervención?

Y qué individuo o qué colectividad hay que no haya tenido su participación en ese desastre universal, en esa lucha contra Dios, contra la Iglesia, en esa conculcación del precepto de la caridad que es la esencia de la Nueva Alianza, en el olvido de la solidaridad humana, en la inmoralidad pública, en la violación de las leyes sagradas del matrimonio y los atentados contra la vida del niño... Hay pecados individuales, pecados cometidos por el individuo y sin apenas resonancia social, pero hay otros pecados cometidos por las colectividades y por los individuos pero que tienen hondas repercusiones sociales y que necesitan su justa y correspondiente sanción, sanción que tiene lugar en esta vida, sanción en la que desde luego sufren también quienes son inocentes porque la verdad es que no solamente envía Dios su sol y su lluvia fecunda sobre malos y buenos, sino que también alcanza a los inocentes lo mismo que a los justos sus rayos y sus huracanes. No podemos escudriñar los designios de Dios al permitir estos males.

Para terminar quiero recordaros un profundo concepto de San Agustín: "los juicios de Dios nadie los comprende plenamente, nadie los critica justamente". El Obispo de Hipona que escribió esta frase con motivo del saqueo de Roma por los godos de Alarico y de las primeras invasiones de los bárbaros en el imperio romano, expresó también entonces, que: La divina Justicia tiene costumbre de enmendar y extirpar por las guerras las costumbres perversas de los hombres, como también ejercitar con semejantes aflicciones la vida justa y laudable de los mortales. Extirpar el pecado y estimular el bien, he ahí un doble alcance de los desastres en la mente de Dios. Corrección de los pecadores y probación de los justos. Así lo que es de por sí una sanción y un castigo, se transforma en una gracia, en un don de amor de manera que la guerra como todo lo de aquí abajo por cruel que sea es un testimonio tanto de la misericordia como de la justicia divina.

Y fuera de esta doctrina no encontrareis explicación satisfactoria de estos males y desastres. Fuera de la verdad cristiana no encontrareis manera de conciliar estos desastres y estos sufrimientos del hombre, que es el ser más distinguido de la creación y por otra parte el más desgraciado. La divina providencia es perfecta y completa respecto del resto de la creación. La divina providencia parece que falla ante el hombre y la razón es sencilla: el hombre posee algo que no poseen los otros seres, su libertad que merece ser respetada hasta por Dios mismo. El hombre por su libertad pone un coto a la acción de Dios. Y cuando esa libertad no colabora en el cumplimiento de la plana de Dios, no colabora en el cumplimiento del plan providencial que nos atañe, se hace ~~violencia~~ de su propia culpa.

No olvidemos. Cada uno de nosotros colabora en la realización de un plan que de conjunto que no ha concebido y cuyo ~~dirigimiento~~ cumplimiento escapa a su dirección. Ofrecerse a este plan y ~~sumir~~ entregarse a él con toda la energía de su alma, es cumplir su deber; sustraerse a él y dejarlo por cualquier obra o empresa no siga la trayectoria de mis preferencias personales, es sustituir el amor propio al cumplimiento de la voluntad soberana de Dios. Mercier. Conc. Cat. t.1, pag. 384